

SALLY REPORTER



LOS SE-
CUESTRA-
DORES DEL
PROFESOR
ALVEAR
HUYEN
CON EL,
PERO
PHIL, EL
POLICIA
Y LA JOVEN,
AGENTE
SECRETO,
JUNTO
CON SALLY,
LOS PER-
SIGUIEN
EN UN
AVION.



POR DIOS, PHIL. ESO QUE INTEN-
TA ES PELGROSISIMO... ¡DES-
COLGARSE DEL AVION PARA
ALCANZAR EL COCHE!

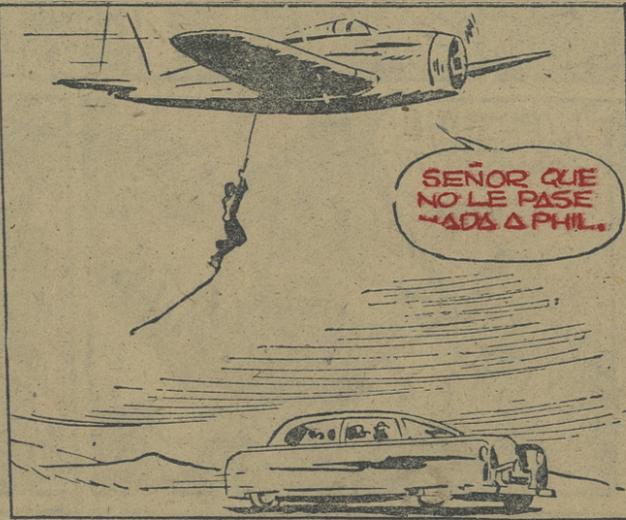


¿QUE PODEMOS HACER? ¡AME-
TRALLAR EL COCHE ES IMPO-
SIBLE. PODEMOS TOCAR AL
PROFESOR.



ES UNA TEMA-
RIDAD. VAYA CON
CUIDADO, PHIL.

NO TE PRE-
OCUPES.
SALLY.



SEÑOR QUE
NO LE PASE
NADA A PHIL.



AHORA ES
EL MOMEN-
TO.



¡CUIDADO! ¡ESE POLICIA
SE NOS ECHA ENCIMA!



EN EL MOMENTO QUE PHIL SE DEJA
CAER SOBRE EL COCHE. EL CONDUC-
TOR DESVIA EL VEHICULO Y EL POLI-
CIA CAE EN LA CARRETERA.



PHIL QUEDA SIN SENTIDO SOBRE
EL ASFALTO.



VOY A RETROCEDER... ¡Y
PASAREMOS POR ENCIMA DE
ESE SABLESO!



¡OH! ¿QUE INTENTAN HACER ESOS
INFAMES?... TENGO QUE EVI-
TARLO.



¡EL COCHE SE PRECIPITA 'SO-
BRE PHIL!

CHISPA

V. Ramos



SIN PALABRAS





El Mundo DE LOS NIÑOS

Suplemento infantil LA VOZ DE CASTILLA



CHISTES



CAPITAN

Era una tarde abrilena. Julieta, la ardilla pizpireta y rebuzona, estaba limándose las uñas en la rama de un pino. Corría un airecillo con humedad de distancia. Cerca, un pájaro cantaba con despreocupación y alegría. Lejos, las nubes corrían sobre el horizonte, tropezando unas con otras.

De pronto, interrumpió Julieta su tarea. Un borriquito cruzaba el pinar. No llevaba ronzal ni albarda, y brillaba todo cuando le daba el sol. Julieta bajó hasta una rama que casi había de rozar el lomo del borriquito cuando pasara, y esperó. No tardó mucho el jumento, y surgió el diálogo:

—¡Hola!
—¡Hola! Buenas tardes. ¿Qué hacer ahí subida?
—To estoy esperando.
—¿A mí?
—Sí. Te he visto venir desde lejos. ¿A dónde vas?
—Pues... por ahí.
—¡Por ahí, por ahí...! Tú ibas muy decidido; vas a algún sitio determinado. ¿Por qué no me lo quieres decir?
—Porque... no me comprenderías.
—Ja, ja, ja. ¡Esta sí que es buena! ¡No comprender una ardilla a un burro! Ja, ja, ja.
—¿Ves? Ya empezas a reírte, y aún no te lo he dicho. ¡Lo que te reírías si yo tratara de explicarte!

—¡Vamos. Vamos! No seas simple y explícame. Te prometo que no me reíré.
Y el borriquito, que estaba deseando de ahogarse con alguien, le contó su historia. Le habló de su infancia en casa de un molinero, y de su madre, a la que apenas recordaba. Le contó sus fatigas y sudores cuando, después, ya mayorcito, tenía que acarrear los sacos de trigo y los de harina. Se lamentó de los palos recibidos y de los malos tratos de palabra y obra con que su amo le fustigaba. ¡Porque había que ver la lengua que tenía el molinero!

Un día en que se habían reunido en el molino varios pollinos de los alrededores, entabló conversación con ellos. Entonces supo que no era él sólo el desgraciado que todos los demás sufrían también la tiranía de sus amos. Y sintió que la sangre rebelde de su juventud le quemaba por todo su cuerpo. Y surgió en él la idea ambiciosa de la libertad.

Sin saber cómo, se encontró explicando a sus compañeros su ambiciosa idea. Les dijo que no tenían por qué soportar los malos tratos de los hombres. Que sólo ellos eran dueños de sí mismos. Que la libertad era la salvaguarda segura de su felicidad.

Su palabra iba prendiendo en los ánimos de aquellos jumentos, hasta entonces tristes y orejigachos. Todos asentían a sus palabras, y él iba enardeciéndose conforme hablaba. Por fin llegaron a un acuerdo. Cada uno aprovecharía la ocasión propicia para escapar, y se encontrarían al cabo de una semana en un lugar determinado, a varias leguas de allí. Todos juraron y se separaron después, con una esperanza brillante en sus maltrechos corazones.

Una semana después se reunieron en el lugar convenido. Faltaban dos. Quizá habían desertado; quizá no lograron escapar. Lo cierto es que, aunque les esperaron un tiempo prudencial, no aparecieron.

Entonces se organizaron. El, que había sido el promotor y el cabezalla, recibió el nombre y el grado de "Capitán". Al principio, todo fué muy bien. Formaron pequeños grupos, que recorrían los caminos predicando la revolución a cuantos pollinos encontraban, y lograron hacer varios adeptos. Pero pronto la vida dura del guerrillero comenzó a hacer estragos entre las filas. Unos echaban de menos el calor del establo durante las noches; otros, la regularidad con



que les servían el pienso. Los palos apenas los recordaban, y en cambio, la suavidad de la paja y los ojos soñadores de tal o cual borriquilla, les turbaban por las noches cuando descansaban, apenas recostados sobre el suelo frío de relente. Y la vida de campamento comenzó a hacerseles odiosa. No encontraban ya poesía en la noche cubierta de estrellas ni en el sendero empinado del monte donde se respira un aire de aromas puros. Echaban de menos la paja y el establo, y empezaron a desertar.

Comenzaron para Capitán los días de la prueba. Les arrojó, les prodó hasta que sus fauces se secaban y su garganta sangraba hacia dentro. Su palabra fué entonces más insistida que lo había sido nunca. Pero todo fué en vano. Entre su pequeña tropa había cundido el miedo. Y la pereza. Y la comodidad. Aquellos asnos, como los Judíos en el desierto, habían perdido su audacia. Y su valentía. Y su espíritu viril y combativo.

Llegó un día en que Capitán quedó solo. Todos sus compañeros le habían abandonado, pero él continuó su peregrinar por todos los senderos, hablando a todos los burros de las bellezas de la libertad. Pero ya la noticia había cundido, y todos sus hermanos se le reían y no le hacían caso.

Cuando llegó a este punto de la historia, Capitán prorrumpió en sollozos. No lloraba por él, por las burlas que recibía, por la dureza de su vida, sino por la incomprensión y la oscuridad de los demás burros. ¡Señor! ¿Por qué no le comprendían? ¿Se habría sacrificado en vano buscando la felicidad de sus hermanos?

Julieta no se rió. Ella conocía la libertad; ella poseía la libertad. Y la comprendía. Le habló palabras de consuelo, y pronto surgió entre ellos una firme amistad. Los días que siguieron fueron para Capitán un

bien ganado descanso. Y fueron también muy felices. Gozaba plenamente de su libertad y de la amistad de Julieta.

Ella le enseñó a caracotear y a bailar al compás de la música que formaban los pájaros.

Pero en medio de esta felicidad, Capitán sentía un desasosiego. Su misión estaba por cumplir. Sus hermanos, los burros, seguían en la esclavitud más ignominiosa, y sólo él podía libertarlos. Y un día comunicó a la ardillita su decisión de marcharse a continuar su predicación. Julieta, con lágrimas en los ojos, le acompañó hasta el límite del pinar. Al llegar allí, suspiró profundamente.

—¿Quisiera seguirte —dijo—; pero yo no puedo abandonar el pinar. Mi madre me contó que hubo un tiempo, hace muchos años, en que mis antepasados podían recorrer España de Norte a Sur, saltando de árbol en árbol. Eso, ahora no puede ser. No hay tantos árboles. ¿Por qué pasa eso?

—La culpa es de los hombres. También ellos, como los asnos, son cobardes y perezosos, y prefieren ser esclavos de su propia comodidad a ser libres, y audaces y valientes. Por eso, en el invierno, cortan los árboles para calentarse y para construir cómodos butacas. De noche tienen miedo a la oscuridad del bosque, donde no llega la luz de la luna. Por eso cortan los árboles.

Después, Capitán y Julieta se separaron y siguieron cada cual su camino. Julieta, hacia lo profundo del pinar. Capitán, hacia la anchura del llano, hacia el sol mártir.

Y a partir de aquel día, Capitán siguió con nuevos bríos, llevando a cabo la tarea que se había impuesto; pero con él mismo poco ha. ¡Qué resultado! Y el desaliento comenzó a invadirle.

Por las noches saltaba y danzaba, como le había enseñado la ardilla, y esto le daba nue-

vos ánimos para el trabajo del día siguiente. Pero un día en que el desaliento se había apoderado de él, cuando se encontraba con el ánimo deshecho, recostado sobre la hierba, junto a un riachuelo, sintió unos pasos que se acercaban, y vio llegar a una borriquilla alegre y vivaracha, adornada con brufidos escabeles de metal. El aire estaba lleno de aromas, y el río completaba el ambiente con su canción suave. Capitán sintió de pronto que su corazón temblaba. La borriquilla se le acercó y le miró con sus ojos tentadores. Y Capitán, que no conocía la felicidad, creyó firmemente que por fin la había encontrado. En un momento olvidó a sus hermanos esclavos y su misión acerca de ellos. Lo olvidó todo para entregarse de lleno a la felicidad recién encontrada.

Y ese fué el comienzo de sus males. Porque la traidora borriquilla era cómplice de unos gitanos que estaban apostados tras unos árboles, y que cayeron sobre él en cuanto le tuvieron cerca.

Capitán luchó y se revolvió, pero todo fué inútil. En un santiamén le ataron, y tuvo que seguirlos.

Las amarguras de la esclavitud fueron para Capitán más pesadas después de haber conocido la dulce libertad.

Por las noches, cuando creía que nadie le veía, saltaba y danzaba cuanto se lo permitía la cuerda con que estaba atado, y conseguía así algún consuelo. Pero un gitano viejo que se apercebó, determinó venderle a un circo ambulante.

Durante varios meses, Capitán purgó su pecado de desaliento junto al río viéndose obligado a danzar y hacer piruetas para divertir a sus enemigos los hombres.

Capitán sentía hondamente la ingratitude de sus hermanos y su propia humillación. Y llegó a pensar si, en verdad, no sería el un loco, puesto que nadie parecía darle la razón. ¿Nadie? ¡Ah, Capitán! También en él cundía el olvido, pues no recordaba a Julieta, la ardillita que un día le despidió llorando en el lindero del pinar. Pero ella, en cambio, no le había olvidado, y un día abandonó el pinar para ir en su busca.

Y así, una noche llegó al pueblo donde el circo iba a dar su función. Julieta penetró bajo las lonas y buscó a su amigo. Le encontró atado a un pesebre toscó por medio de una soga.

Quando Capitán la vió, prorrumpió en gritos de alegría, pero Julieta le impuso silencio, y comenzó a morderle la soga. Con sus menudos dienteillos pronto consiguió reducirle de tal modo, que Capitán, de un tirón, la rompió en dos pedazos, y salió huyendo con la pequeña ardilla cabalgando alegremente en su lomo plateado.

Quando salieron del pueblo, Capitán tomó el camino del pinar. Al llegar a él, se sentó a descansar. Julieta se subió a una rama baja y dijo:

—¿Qué contenta estoy, Capitán, por haberte vuelto a encontrar! Pero, ¡cuánto debes haber sufrido en tu cautiverio! Ahora eres libre otra vez, y no me abandonarás, ¿verdad? Capitán la miró. En sus grandes ojos brillaba el cariño que por ella sentía. Pero sus palabras fueron duras, mordiéndolas en el corazón:

—No, Julieta. Yo tengo una misión que cumplir, y aún no he conseguido nada en ella. ¡He de seguir luchando!

Luego se irguió sobre sus patas, y sin una vacilación, se puso en marcha. Julieta le acompañó hasta donde el pinar terminaba, y allí se despidieron.

La ardilla volvió al bosque, y Capitán, con paso firme, emprendió el camino del llano. El sol, hiriéndose en las crestas de la sierra lejana, rodeaba su figura con un halo de sangre y heroísmo.

JOSE ANTONIO SENIS



LA PALOMA

Fábula de SAMANIEGO

Un pozo pintado vió
Una paloma sedienta:
Tiróse a él tan violenta,
Que contra la tabla dió.
Del golpe, al suelo cayó,
Y allí muere de contado.
De su apetito guiado,
Por no consultar al juicio,
Así vuela al precipicio
El hombre desenfadado.

ROMPECABEZAS



Unid con una línea los puntos numerados desde el 1 hasta el 33.

CURIOSIDADES

Un naturalista inglés ha descubierto que el narciso, considerado hasta ahora como una flor inofensiva, contiene un veneno de los más violentos. Los jardineros que manipulan con la referida planta sufren frecuentemente los efectos de la intoxicación, que no atendida a tiempo, puede presentar síntomas muy graves.



CRUCIGRAMA

	1	2	3	4	5	6
1						
2						
3						
4						
5						
6						

HORIZONTALES: 1. Pez parecido al arenque. — 2. Nombre de mujer. — 3. Igualdad de superficie. Nombre de letra. — 4. Preparación. Letras de rosa. — 5. Red para pescar. — 6. Vicio de la madera.

VERTICALES: 1. Ninfa del mar. — 2. Animal. — 3. Señal de repetición. Al revés: campesino. — 4. Prefijo. Al revés: tienda de flores. — 5. Religioso no clérigo. — 6. Cachorro del oso.

Solución al crucigrama anterior

HORIZONTALES: 1. Sonaja. — 2. O. Edil. — 3. Faz. Na. — 4. Tr. Das. — 5. Taba. — 6. Origen.
VERTICALES: 1. Sofito. — 2. O. Arar. — 3. Vez. B. — 4. Ad. Dag. — 5. Tina. E. — 6. Alas.